

Eddie Jaku

El hombre más feliz del mundo

Traducción de María del Mar López Gil

 Planeta

CAPÍTULO UNO

Hay muchas cosas más valiosas que el dinero

NACÍ EN 1920 EN UNA CIUDAD LLAMADA LEIPZIG, en el este de Alemania. Me bautizaron como Abraham Salomon Jakubowicz, pero entre mis amigos era conocido con el diminutivo de Adi. En inglés, este nombre se pronuncia igual que Eddie, así que, por favor, llámame Eddie, amigo mío.

Éramos una familia muy unida, una gran familia. Mi padre, Isidore, tenía cuatro hermanos y tres hermanas, y mi madre, Lina, doce hermanos. ¡Figúrate la fortaleza de mi abuela para criar a semejante prole! En la Primera Guerra Mundial perdió a un hijo, un judío que sacrificó su vida por Alemania, y también a su esposo, mi abuelo, un capellán del ejército que jamás regresó de la contienda.

Mi padre, un inmigrante procedente de una ciudad que hoy forma parte de Polonia afincado

en Alemania, se sentía sumamente orgulloso de ser ciudadano alemán. Dejó su trabajo de aprendiz de ingeniería mecánica de precisión en su país para trabajar en la fábrica de máquinas de escribir Remington. Como hablaba alemán con fluidez, lo contrataron en un buque mercante alemán y se marchó a América.

Allí destacó en su oficio, pero añoraba a su familia y decidió embarcarse de nuevo en otro buque mercante alemán rumbo a Europa para ir a verla; su llegada coincidió precisamente con el estallido de la Primera Guerra Mundial. Como viajaba con pasaporte extranjero, los alemanes lo recluyeron por ser un extranjero ilegal. Sin embargo, dado que era un hábil mecánico, el Gobierno alemán lo liberó de su internamiento y le permitió trabajar en una fábrica de armamento pesado en Leipzig. En aquella época se enamoró de mi madre, Lina, y de Alemania, donde permaneció al acabar la guerra. Abrió una fábrica en Leipzig, se casó con mi madre y no tardé en venir al mundo. Al cabo de dos años nació mi hermana pequeña, a la que llamamos con el diminutivo de Henni.

Nada podía menoscar el patriotismo y orgullo que mi padre sentía por Alemania. Nos considerábamos primero alemanes, después alemanes y, por último, judíos. Nuestra religión no revestía tanta importancia para nosotros como el hecho

de ser buenos ciudadanos en nuestra querida Leipzig. Aunque celebrábamos los rituales y festividades judíos, reservábamos nuestra lealtad y amor a Alemania. Estaba orgulloso de ser oriundo de Leipzig, un foco artístico y cultural desde hacía ochocientos años, una ciudad con una de las orquestas sinfónicas más antiguas del mundo y fuente de inspiración de los músicos Johann Sebastian Bach, Clara Schumann y Felix Mendelssohn, de escritores, poetas y filósofos, como Goethe, Leibniz y Nietzsche, entre muchos otros.

Durante siglos los judíos habían constituido una parte fundamental del tejido social de Leipzig. Desde la Edad Media, el mercado se celebraba los viernes en vez de los sábados para que pudieran acudir los comerciantes judíos, pues se nos prohíbe trabajar el sábado, el *sabbat* judío. Destacados ciudadanos y filántropos judíos contribuyeron al bien común, así como al de la comunidad judía, y supervisaron la construcción de algunas de las sinagogas más bonitas de Europa. La armonía estaba presente en nuestras vidas, y era una vida muy buena para un niño. A escasos cinco minutos a pie de mi casa teníamos los jardines del zoo, famoso en todo el mundo por sus animales y por la cría en cautividad de más leones que en cualquier otro lugar. ¿Te imaginas lo emocionante que eso era para un niño pequeño?

Dos veces al año se organizaban enormes fe-

rias comerciales, como, precisamente, las que habían hecho de Leipzig una de las ciudades más refinadas y ricas de Europa, y mi padre siempre me llevaba a ellas. El emplazamiento de Leipzig y su importancia como ciudad comercial la convirtieron en una plataforma para la difusión de nuevas tecnologías e ideas. Su universidad, la segunda más antigua de Alemania, se fundó en 1409. El primer diario del mundo comenzó a publicarse en Leipzig en 1650. Una ciudad de libros, de música y de ópera. De pequeño, yo estaba convencido de que formaba parte de la sociedad más progresista, culta y avanzada —desde luego la más erudita— del mundo entero. ¡Qué equivocado estaba!

Acudíamos a la sinagoga con frecuencia, aunque yo personalmente no era muy religioso. Seguíamos las reglas de la cocina y la dieta *kosher* por mi madre, que quería respetar lo más posible los preceptos de la tradición para complacer a su madre, mi abuela, que vivía con nosotros y era muy devota. Todos los viernes por la noche nos reuníamos para la cena del *shabbos* (*sabbat*), recitábamos nuestras oraciones y tomábamos los platos tradicionales que mi abuela preparaba con cariño en una enorme cocina de leña que servía para calentar el resto de la casa. Un ingenioso sistema de conductos distribuidos por la vivienda permitía aprovechar todo el calor generado, mientras

que el humo salía de forma segura. Cuando llegábamos de la calle, nos sentábamos en cojines junto a la cocina de leña para entrar en calor. Yo tenía una perrita, un cachorro de teckel llamado Lulu, que se acurrucaba en mi regazo en las noches frías. ¡Cómo atesoro el recuerdo de aquellas veladas!

Mi padre trabajaba mucho para mantenernos y disfrutábamos de comodidades, pero también nos inculcaba que en la vida había cosas más importantes que los bienes materiales. Cada viernes por la noche, antes de la cena del *shabbos*, mi madre horneaba tres o cuatro hogazas de *challah*, el delicioso y consistente pan ceremonial elaborado con huevos y harina que comíamos en ocasiones especiales. Cuando yo tenía seis años, pregunté a mi padre por qué horneábamos tantas si en la familia solo éramos cuatro, y me explicó que llevaba las hogazas que sobraban a la sinagoga para dárselas a los judíos necesitados. Él amaba a su familia y a sus amigos. Siempre los invitaba a cenar con nosotros, hasta que al final mi madre acabó poniéndose firme y le prohibió traer a más de cinco a la vez, pues en la mesa no nos podíamos apretujar más.

«Si tienes la gran suerte de tener dinero y una casa bonita, puedes permitirte el lujo de ayudar a los necesitados. En eso consiste la vida. En compartir tu buena suerte», me decía mi padre, y tam-

bién que es más gratificante dar que recibir, que las cosas importantes de la vida —los amigos, la familia, la bondad— son mucho más valiosas que el dinero, y que un hombre vale más que su cuenta bancaria. Por aquel entonces yo pensaba que estaba loco, pero ahora, después de todo lo que he vivido, sé que tenía razón.

Sin embargo, un nubarrón empañaba nuestra feliz concordia familiar: corrían malos tiempos para Alemania. Habíamos perdido la Gran Guerra y la economía nacional estaba en ruinas. Las potencias aliadas victoriosas reclamaban a Alemania una compensación económica que jamás podría pagar, y sesenta y ocho millones de personas pasaban penurias. Los alimentos y el combustible escaseaban, y la pobreza se extendía cada vez más, lo que hería el profundo orgullo del pueblo alemán. A pesar de pertenecer a la clase media acomodada, a mi familia le resultaba imposible conseguir numerosos productos de primera necesidad, incluso pese a disponer de dinero en metálico. Mi madre caminaba muchos kilómetros para cambiar en el mercado bolsos y ropa comprados en tiempos mejores por huevos, leche, mantequilla o pan. Para mi decimotercer cumpleaños, mi padre me preguntó qué quería, y yo pedí media docena de huevos, una hogaza de pan blanco —difícil de encontrar porque los alemanes prefieren el pan de centeno— y una piña. Yo no podía imaginar

nada más impresionante que media docena de huevos, y jamás había visto una piña. No tengo ni idea de cómo se las ingenió para encontrarla, pero lo logró. Así era mi padre. Hacía lo imposible con tal de arrancarme una sonrisa. Yo estaba tan pletórico que me zampé los seis huevos y la piña entera de una sentada. Nunca me había dado semejante atracón. Mi madre me advirtió que me lo tomara con calma, ¡pero no le hice caso!

La inflación era devastadora, por lo cual resultaba imposible hacer acopio de alimentos no perecederos o previsiones de futuro. A la salida del trabajo mi padre llegaba a casa con un maletín repleto de dinero en metálico que a la mañana siguiente carecía de valor. Me mandaba a la tienda y decía: «¡Compra todo lo que puedas! ¡Si hay seis hogazas de pan, llévatelas todas! ¡Mañana no tendremos nada!». Incluso a la gente pudiente le costaba salir adelante; los alemanes se sentían humillados e indignados. La gente comenzó a desesperarse y a contemplar cualquier salida. Hitler y el partido nazi prometieron una solución al pueblo alemán y le proporcionaron un enemigo.

En 1933, la llegada de Hitler al poder desencadenó una oleada de antisemitismo. Esto coincidió con mi decimotercer cumpleaños; según el rito judío, debía celebrar mi *bar mitzvá*, una antigua ceremonia religiosa que señala el paso a la edad adulta. Por lo general, una vez finalizado el *bar*

mitzvá, que significa «hijo del mandamiento», se organiza una maravillosa fiesta con comida y baile. En otros tiempos se habría celebrado en la gran sinagoga de Leipzig, pero, como el Gobierno nazi no lo permitía, se organizó en una pequeña sinagoga situada a trescientos metros de nuestra casa. El rabino de nuestra *shul* (otro nombre para designar una sinagoga) era muy listo. Alquiló el piso que había en los bajos de la sinagoga a un gentil que tenía un hijo en las SS y, cuando comenzaron los ataques antisemitas, este joven gentil se aseguró de que en todo momento hubiera guardias que protegieran el piso y, por consiguiente, la *shul* que había encima. En caso de que quisieran destruir la *shul*, debían destrozar también la casa de este hombre.

Celebramos la ceremonia religiosa a la luz de las velas y rezamos por mi familia y por los difuntos. Según la tradición judía, tras la ceremonia yo me había convertido en un hombre y era responsable de mis actos. Comencé a pensar en mi porvenir.

De pequeño había querido ser médico, pero mis aptitudes me encaminaban a otros ámbitos. En Alemania existían centros adonde se enviaba a los estudiantes para descubrir sus aptitudes a través de una serie de pruebas de destreza manual y memorística. Una vez realizadas, concluyeron que mis habilidades eran ópticas y matemáticas, con

una excelente capacidad visual y coordinación visomotriz. Poseía magníficas aptitudes para la ingeniería, de modo que eso es lo que decidí estudiar.

Yo iba a una buena escuela, llamada 32 Volksschule, situada en un bonito edificio. Se encontraba a un kilómetro de nuestra casa, y tardaba unos quince minutos en llegar caminando hasta allí, ¡a menos que fuera invierno! Como Leipzig es una ciudad muy fría, el río estaba congelado totalmente durante ocho meses. Podía realizar todo el trayecto hasta la escuela en cinco minutos patinando sobre el hielo.

En 1933 me saqué el graduado escolar para entrar en el instituto, y tenía previsto cursar el bachillerato en el Leibniz-Gymnasium. De haber seguido otros derroteros la historia, habría estudiado allí hasta los dieciocho años, pero no pudo ser.

Un día, cuando llegué, me comunicaron que ya no se me permitía asistir: me echaron con cajas destempladas por ser judío. Esto le pareció intolerable a mi padre, un hombre tenaz con contactos poderosos en Leipzig que no tardó en idear un nuevo plan para mi educación. «No te preocupes. Continuarás tus estudios, te lo garantizo», me dijo.

Me prepararon papeles falsos y, por mediación de un amigo de la familia, me matriculé en Jeter und Shearer, una escuela de ingeniería mecánica

situada en el lejano Tuttlingen, al sur de Leipzig. En aquella época esta ciudad era el epicentro de la ingeniería industrial, pues suministraba componentes mecánicos de precisión a todo el mundo. Se fabricaban todo tipo de máquinas increíbles, instrumental médico puntero y maquinaria industrial. Recuerdo haber visto una máquina en la que un pollo entraba por un extremo de una cinta transportadora y salía por el otro desplumado, lavado y empaquetado. ¡Era increíble! Y yo aprendería a fabricar esas máquinas, recibiría la mejor formación en ingeniería del mundo. Para entrar tuve que realizar varias pruebas de acceso; estaba tan nervioso que me secaba el sudor de la frente para evitar manchar y echar a perder el examen. La idea de defraudar a mi padre me provocaba una gran inquietud.

Para matricularme adopté una identidad falsa: Walter Schleif, un huérfano alemán gentil que tenía menos razones para temer el nombramiento de Hitler como canciller alemán que yo. En realidad, Walter Schleif era el nombre de un muchacho alemán que había desaparecido. Lo más probable es que su familia se hubiera marchado discretamente de Alemania a raíz del ascenso al poder de los nazis. Mi padre consiguió sus documentos de identidad y logró falsificarlos de manera convincente para engañar a las autoridades. En Alemania, los documentos de identidad de la

época llevaban fotos diminutas que solo era posible ver con una luz infrarroja especial. Por ello, era necesario que la falsificación estuviese muy bien hecha, pero mi padre, gracias a su pericia con las máquinas de escribir, poseía las herramientas y los conocimientos adecuados para lograrlo.

Los nuevos documentos me permitieron comenzar una nueva vida y acceder a mi plaza en la escuela, donde inicié mi formación de aprendiz en ingeniería mecánica. La escuela se hallaba a nueve horas en tren de Leipzig. Allí no tendría más remedio que hacerme cargo de mí mismo, de mi ropa y de mi educación, y guardar el secreto a toda costa. Iba a la escuela todos los días y por la noche dormía en un orfanato cercano, en un dormitorio común con chicos mucho mayores que yo. A cambio de mi trabajo como aprendiz, recibía una pequeña remuneración con la que podía costearme la ropa y otras necesidades básicas.

Llevaba una existencia solitaria bajo la identidad de Walter Schleif. No podía revelar a nadie mi verdadero nombre, no podía confiar en nadie; de lo contrario, habría salido a la luz mi verdadera identidad judía y me habría puesto en peligro. Debía tener especial cuidado en los aseos y en la ducha, pues, si otro chico se percataba de que estaba circuncidado, hubiera supuesto mi fin.

Tenía poco contacto con mi familia. Escribir cartas era arriesgado, y para llamar por teléfono

utilizaba el del sótano de unos grandes almacenes tras recorrer un largo y enrevesado camino para cerciorarme de que no me estuvieran siguiendo. En las escasas ocasiones en las que me era posible hablar con mi familia, se me rompía el corazón. No tengo palabras para expresar la pena que sentía por estar tan lejos de casa, pero era la única posibilidad de garantizar mi educación y labrarme el porvenir que mi padre deseaba para mí. Por muy duro que me resultase estar lejos de mi familia, peor habría sido defraudarles.

Le dije a mi padre lo solo que me sentía sin ellos, y él insistió en que fuera fuerte. «Eddie, sé que es muy duro, pero algún día me lo agradecerás», decía. Posteriormente supe que, aunque se mostraba severo conmigo, en cuanto colgaba el teléfono rompía a llorar como un bebé. Él trataba de mantenerse firme para infundirme valor.

Y tenía razón. Sin lo que aprendí en aquella escuela, jamás habría sobrevivido a lo que estaba por llegar.

Pasaron cinco años. Cinco años de trabajo incesante y soledad.

No estoy seguro de poder explicar lo que se siente al fingir ser alguien que no eres desde los trece años y medio hasta los dieciocho. Guardar ese secreto durante tanto tiempo es una carga te-

rrible. No pasó un solo momento en que no añorara a mi familia, pero era consciente de que mis estudios eran importantes y perseveré. A pesar de que la lejanía de mi familia durante tanto tiempo supuso un tremendo sacrificio, mi educación me aportó muchísimo.

En los últimos años de mi formación trabajé de aprendiz en una empresa que fabricaba modernos equipos de rayos X. Además de la parte técnica y teórica de mi educación, se suponía que debía demostrar mi entrega al trabajo y mis competencias en el nuevo oficio. Trabajaba todo el día y asistía a clase por la noche. El miércoles era mi único día libre y podía dedicarlo por entero a mis estudios.

A pesar de mi soledad, me encantaba la educación que estaba recibiendo. Los profesores que impartían las clases figuraban entre las mentes más brillantes del mundo; cuando cogían sus herramientas, parecían capaces de fabricar cualquier cosa, desde diminutos engranajes hasta gigantescas máquinas a la vanguardia de la tecnología. Todo me parecía milagroso. Alemania lideraba una revolución tecnológica e industrial que auguraba la mejora de la calidad de vida de millones de personas, y yo me encontraba en el núcleo de la vanguardia.

En 1938, recién cumplidos los dieciocho años, hice mis exámenes finales, fui elegido el mejor

aprendiz del año de mi escuela y me invitaron a afiliarme al sindicato. En aquellos tiempos los sindicatos alemanes eran diferentes a los existentes en la actualidad. No se ocupaban tanto de negociar las condiciones laborales y salariales, sino más bien de definir tus competencias como profesional. En aquella época solamente te invitaban a afiliarte si despuntabas en tu profesión, si eras el mejor en tu oficio. Eran espacios donde las mentes más privilegiadas de un gremio se reunían y colaboraban para impulsar el avance de la ciencia y la industria. Dentro del sindicato, cuestiones como la clase social o la religión carecían de importancia frente al prestigio del trabajo en sí. Para mí fue realmente un verdadero honor que me admitiesen tan joven.

En la ceremonia, subí al estrado delante de todo el mundo para recibir la felicitación del maestro del Sindicato de Ingeniería de Precisión, que vestía la elegante toga azul tradicional con un elaborado cuello de encaje. «Hoy, aceptamos al aprendiz Walter Schleif en uno de los sindicatos más insignes de Alemania», anunció el maestro. Me eché a llorar. El maestro me zarandeó. «¿Qué te pasa? ¡Este es uno de tus mejores días! ¡Deberías estar orgulloso!».

Pero estaba desconsolado. Me dolía en el alma que mis padres no pudieran estar presentes. Tenía tantas ganas de que vieran lo que había conse-

guido..., y también de que mi maestro entendiera que yo no era el pobre huérfano Walter Schleif, sino Eddie Jaku, que tenía una familia que me quería y que me apenaba mucho estar lejos de ella.

Valoro todos y cada uno de los conocimientos que adquirí en aquellos años, pero siempre lamentaré el tiempo que pasé lejos de mi familia. Ciertamente, mi padre fue muy sabio cuando me dijo que una vida vale más que una cuenta bancaria. Hay muchas cosas en este mundo que no se pueden comprar con dinero, y algunas de un valor incalculable. Primero la familia, después la familia y, por último, la familia.